

# Letras de Molde

AÑO I.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN  
Madrid: Trimestre: 1,25 pesetas. Año, 4,50 id.—Provincias y Portugal: Trimestre, 1,50 pesetas. Año, 5,50 id.—Extranjero: Semestre, 5 francos. Año, 10 id.

MADRID  
Lunes 22 de Enero de 1900.

Redacción y Administración: Espíritu Santo, 18.  
TELÉFONO, 558.  
Número suelto, 10 céntimos.

NÚM. 2

## COLABORADORES

Emilia Pardo Bazán, Blanca de los Ríos, Leopoldo Alas (*Clarín*), Serafín y Joaquín Álvarez Quintero, Vital Aza, Víctor Balaguer, Jacinto Benavente, Eusebio Blasco, Vicente Blasco Ibáñez, Javier de Burgos, Juan Antonio Cavestany, Sinesio Delgado, Joaquín Dicenta, José Echegaray, Emilio Ferrari, Eloy García de Quevedo, Vicente Lampérez, José de Laugi, José López Silva, Tomás Luceño, Federico Oliver, José Ortega Munilla, Manuel del Palacio, Cefirino Palencia, Antonio Palomero, José María de Pereda, Jacinto O. Picón, José Ponsá, Miguel Ramos Carrión, Arturo Reyes, Manuel de Sandoval, Eugenio Sellés, Luis Taboada, Luis Terán, Mariano de Val, Juan Valera, Ricardo y Enrique de la Vega, José Verdes Montenegro.

A la lista de colaboradores que honra LETRAS DE MOLDE, tenemos el gusto de poder añadir los nombres de los señores Santiago Alba, Francisco A. de Icaza, Antonio Casero, José Francos Rodríguez, Luis Gabaldón, Ricardo Gil, José Gutiérrez Abascal (*Kasabal*), Alejandro Larrubiera, Luis López-Ballesteros, Manuel Manrique de Lara, Miguel Moya, Felipe Pérez y González, Pedro Sabau, Alejandro Saint Aubain, Rafael Salillas, Antonio Sánchez Pérez y Rodrigo Soriano.

## LAS PALABRAS DEL CRISTO

Tengo cincuenta y cinco años, soy padre de familia, vivo honradamente en mi rincón con mi adorada mujer y mis hijos, y lo que voy a decir es perfectamente sincero y cristiano.

Y como este periódico está dirigido por gente joven, á ella va directamente la lección de mundo que quiero y puedo dar á mis años.

De los escándalos de estos pasados días, lo que más debe llamar la atención es la ferocidad, la CRUELDAD, la horrible y espantosa manera de ser de una juventud que no se satisface con ir al almacén de mujeres públicas, sino que después de usar de ellas como de vil mercancía, las apalea, las martiriza, las trata como á bestias...

¿Por qué?

En esta sociedad católica, el hombre de veinte á treinta años cree, juzga que á la infeliz mujer condenada por las circunstancias á ser su pasto carnal de una hora, debe insultarla, pegarla, matarla á tiros si en un momento de borrachera ó de lúbrica manía se le antoja convertirla en esclava blanca...

En ningún país del mundo sucede eso mas que en esta España de las procesiones y de las corridas de toros, todo en un día...

En Europa, á la mujer de abajo no se la maltrata nunca.

De *même que la vertu, le vice á ses degrés*, decía el poeta, y en todo hay clases.

No hay por qué martirizar á la hetaira, supuesto cuando no se martiriza á la ladrona ó á la infanticida.

En los pueblos donde no es considerada la mujer, sea ésta como fuere, no hay civilización posible.

Los yankees suelen linchar al que roba ó asesina en un barrio. Antes de que llegue la justicia, los ciudadanos, para abreviar procedimientos, se toman la justicia por su mano.

Pero jamás se les ha ocurrido violar un domicilio, invadir la casa donde se ejerce una industria permitida y explotada por el Estado y por la ley y que produce objetos de placer, y destrozarse la casa y linchar á las inquilinas. Esta es la última forma del salvajismo, y lo que es peor, la última expresión de la mentira convencional del catolicismo vicioso.

Llegó la pecadora, la horizontal de aquellos tiempos, á la casa donde el Cristo pasaba la noche. Le limpió los pies con sus cabellos; vertió en los de Jesús un jarro de esencia de nardos, muy á disgusto del vulgarísimo y positivista Judas. Y el Cristo, con escándalo de los fariseos, dijo:

—Se le perdonan sus pecados, porque amó mucho...

Los fariseos de ahora; los místicos tabernarios van á buscar á las Magdalenas en sus ocultos rincones, y después de pedirles un instante de placer á tarifa, las golpean, les echan jarros de agua fría sobre las desnudas carnes, las matan á palos... ¡Oh! que mundo este nuestro, tan pequeño y tan malo! ¡Qué falta de nobleza en esta sociedad mística, y qué instintos tan perversos!

Los padres educan á sus hijos en los conventos y en las casas de la Compañía; y los niños salen de allí...

Jugadores.  
Borrachos.  
Ignorantes.  
Martirizadores de las mujeres...  
Ah ¡Pobres padres!, pudiera yo decir ahora...

EUSEBIO BLASCO.

## PATRIA Y JUVENTUD

A los pueblos como á los hombres abate tanto la desgracia, que al perder los bienes imaginan no sólo que no los merecieron, sino que nunca sabrán recuperarlos: en épocas de poderío son pocos los que se arriesgan á declarar que es falso el cimiento de la grandeza; mas cuando ésta se desmoronaba, por todas partes surgen los que vociferan que no fué justa ni sólida, ni los que la gozaron supieron apreciarla, ni sus sucesores serán capaces de reconquistarla.

Así sucede ahora entre nosotros. La derrota temida y más aún la humillación no sospechada, han causado tal aplastamiento, que la palabra regeneración parece ridícula y la esperanza consuelo estéril de los que nebulosamente cierran los ojos á la realidad. Las virtudes de raza, las glorias pasadas se consideran ya como leyenda falsa: si hemos de creer las jeremiadas de aquellos á quienes cuesta menos trabajo llorar sobre las ruinas que prepararse á restaurarlas, España es presa resignada de quien quiera cautivarla ó pueblo que se siente morir sin procurar salvarse.

Las causas del desastre están, sin embargo, bien claras.

En lo que va de siglo ninguna nación de Europa ha peleado tanto como España. Guerra de la Independencia, dos guerras carlistas, guerras de Africa, del Pacífico, de Santo Domingo, expedición con los franceses á Conchinchina, insurrecciones de Cuba y Filipinas ¿Qué nación hubiera resistido tanto? Además, el periodo revolucionario que empieza en Septiembre de 1868 y acaba en Diciembre de 1874, dejó al país, no por excesos de la libertad, sino por los esfuerzos hechos para vencer á la reacción, tan cansado de luchas, que se consideró como bien único la paz: pero no la vigilante y previsora que vive aperebida y pronta á la defensa, sino la paz dormida, descuidada, paz á toda costa, y así ha sido de costosa. Luego ha venido el aplastamiento, el afirmar que el país está podrido, que no se enmendará nunca de sus yerros, que carecemos de virtudes sociales, y que hemos vivido siempre de ficciones voluntarias y de mentiras históricas; todo ello dicho ó escrito friamente, sin indignación, como la cosa más natural del mundo, hasta con cierto fatalismo estúpido y odioso. La España del *¡No importa!* parece haberse convertido en el pueblo del *¡Qué más dá!*

Porque esta pasividad en la postración, esta conformidad en el abatimiento, esta apatía en la desgracia, esta manera de aceptar la ignominia sin rebelarse contra ella no son, no han sido nunca, flaquezas propias del carácter español.

Siempre hemos pecado de audaces, de altivos, de imprudentes, de temerarios;—no está lejano el día de lo de las Carolinas—mas nunca hemos adolecido de mansos ni de pusilánimes. Si ahora lo somos, ¿dónde buscar la causa del desmayo nacional?

A juicio de todo el que vive ageno á la política militante, esa causa está en que el país se ha convencido de que se pretende seguir gobernándole con las mismas ideas y prácticas que habiendo sido inútiles para precaver el daño, serán ineficaces para procurar el remedio. La conciencia pública rechaza que sigan prevaleciendo sistemas, modos, costumbres de gobierno, para los cuales todo anatema es justo y toda execración parece tibia.

Pero no se puede renunciar á las ideas y los procedimientos viciosos sin prescindir de quienes los practicaron. Los hombres de la Revolución, los que quedan queremos decir, que no supieron salvarla porque no crearon en torno suyo entusiasmo ni intereses, y los hombres de la restauración, que por miedo á la libertad ni siquiera han sabido aprovechar el largo periodo de paz para hacer fuerte y respetada la Nación, carecen ya de toda autoridad y prestigio. No pongamos en duda sus buenos propósitos: nadie tiene derecho á dudar del patriotismo ageno: bástenos su desgracia y su incapacidad. No caigamos en el error, vulgar é injusto, de decir que todos los hombres políticos han pecado por falta de honradez: apenas pasa día en que no muera quien, habiendo llegado á los más codiciados puestos, deja pobre á su familia.

El pecado de nuestros hombres públicos no ha consistido en la inmoralidad: á pocos se sospecha de rapaces, pero casi todos han sido perezosos, imprevisores, rutinarios, más atentos á complacer al amigo que á servir al país, y tan autoritarios que, aun los que pasan por avanzados, no han sabido renunciar á los procedimientos absolutistas. La verdadera libertad es medicina que en España está por ensayar. Los que la han desacreditado no deben seguir á la cabecera del enfermo. Es ley de la vida, necesaria á la conservación del mundo, que al ser el abuelo vencido por los años, le suceda el hijo en el gobierno de la casa. La vejez merece respeto, aun cuando se equivoque, pero no acatamiento; porque es delito prestarle obediencia ciega si va en ello la suerte de la Patria; y claro está que no se debe considerar como viejo al que haya vivido mucho, sino sólo al que lo haya vivido esterilmente, sin provecho del prójimo.

Pero, ¿hay en el país hombres jóvenes más instruidos que las generaciones dominantes, libres de compromisos personales, no sujetos á trabas de escuela, limpios de esa adoración á lo pasado, que confunde lo tradicional con lo conveniente? ¿Hay inteligencias, no gastadas, persuadidas de que es preciso renovar la atmósfera social y caracteres resueltos á procurarlo?

Me atrevo á creer que sí. En Madrid, en provincias, en el profesorado, en las letras, en el comercio y en la industria, al frente de fábricas y talleres, en las artes liberales, en el ejército, hasta entre el clero y los diputados de nuevo cuño, existen hombres que pasan de veinticinco años y no llegan á cuarenta y cinco, con facultades, cultura, medios y entusiasmo para apuntalar primero y rehacer después este edificio que amenaza ruina. Sin odio, sin rencor, pero con firme y resuelta voluntad, la juventud ilustrada debe luchar hasta imponerse, porque si no se rebela

á tiempo contra los gastados y desengañados de la vida, recibirá de ellos por herencia la miseria que habrá merecido y la infamia que no habrá evitado.

JACINTO OCTAVIO PICÓN.

## EL MENSAJE

DE HEINE

No, ese negro corre poco y tardaría en llegar, ponte bridón y montura á tu soberbio alazán. En él cabalga ligero sin dejarle descansar hasta que al palacio llegues donde vive el rey Duncan. Dos hijas tiene, pregunta cuál hoy se ha de desposar, y ven á darme la nueva para que calmes mi afán. Si es la morena, la espuela clava al potro sin piedad, previentale si es preciso á fuerza de galopar! pide al viento ligereza y á la luz velocidad, ¡jalas te dé mi alegría!, y si esa nueva me das, la serreta de tu potro en perlas la he de engarzar. Si es la rubia... ven despacio á dar calma á mi ansiedad, y una soga al cordelero cómprale antes de llegar... ¡jeon mi dolor y mi vida esa cuerda acabará!

Traducción de  
LUIS BRUN

## LA CUARTA PARED

FRAGMENTOS DE UN LIBRO QUE LLEVARÁ ESE TÍTULO CUANDO SU AUTOR LO PUBLIQUE

(Opiniones íntimas.)

En el teatro las habitaciones tienen sólo tres paredes. La supresión imprescindible de la cuarta pared es la justificación más razonada de todo eso que ha dado en llamarse convencionalismo teatral.

Mientras en el mundo existan una mujer y un hombre, que se amen ó que se aborrezcan, habrá asunto sobrado para comedias, dramas, tragedias y sainetes.

El autor dramático debe aprender en las obras buenas lo que debe hacerse, y lo que no debe hacerse en las malas.

Todas pueden servirle de enseñanza.

En los repartos de las comedias se llama á las personas personajes.

Y es sin duda porque, para desgracia del autor, son *personas* muy pocas veces. Cuando lo son se hacen aplaudir siempre.

Cada palabra inútil en el diálogo de una obra teatral es un paso hacia la silba.

A los espectadores no les importa lo que sucede en las comedias, sino cómo sucede.

De cuatro autores que piensen el mismo argumento, uno se hace aplaudir, otro consigue que lo escuchen con indiferencia, otro aburre al público y otro recibe una silba. Lo cual prueba que el argumento es lo de menos.

La crítica pide á los autores dramáticos caracteres bien sostenidos. ¡Como si en el mundo fueran tan fáciles de encontrar para que sirvan de modelo!

Cuando el autor no logra pronto que el público se haga amigo de los personajes de la comedia, ésta no puede prosperar.

Todo cuanto les acontezca será indiferente á los espectadores, porque en el teatro, como en la vida real, sólo nos interesa de veras lo que sucede á las personas que queremos.

Cuanto más se acerca el autor á la verdad, más se aproximará al triunfo.

Los personajes no deben decir chistes, sino producirlos.

La gracia que consiste en la palabra hace, sí, reír muchas veces; pero la que resulta del carácter de los personajes ó de la situación en que se hallan, produce efecto siempre.

Opinan muchos críticos que las obras mejores no son las que suelen producir más dinero.

Sin embargo, *El Trovador* de García Gutiérrez, *Los amantes de Teruel* de Hartzbusch, *Marcela* de Bretón de los Herreros, *Don Juan Tenorio* de Zorrilla, *Guzmán el Bueno* de Gil y Zárate, *Locura de amor* de Tamayo, *Un drama nuevo* de Estévez, *El tanto por ciento* de Ayala, *Don Tomás* de Serra y tantas otras, consideradas como lo mejor de sus autores, son las que han producido pingües ganancias,

no comparables siquiera á las obtenidas con otras obras de los mismos autores.

Escribir una comedia sin plan es como edificar una casa sin hacer los cimientos.

Una mujer que en el mundo se llame Sinforosa puede interesar; en el teatro siempre hará reír. Hay nombres que, sin motivo ni razón alguna, llevan aparejada la risa.

Figuraos la mejor escena del drama más interesante, la situación más patética y oíd á la primera actriz que exclama:

—¡Sí, yo te amo, yo te adoro, Tiburcio!  
El público soltará la carcajada. ¿Por qué? ¡Cualquiera lo sabe!

Los espectadores acaban por perder el interés en las obras de enredo cuando este se convierte en embrollo.

Si el público aplaudiese á la terminación de cada acto, la totalidad de este y no solamente el final, los autores harían mejores comedias.

Muchas veces por lograr palmas al acabar los actos, el autor idea situaciones que no siempre son lógicas ni necesarias.

El número de representaciones que alcanza una obra teatral está en razón directa, no de su mérito, pero sí del éxito que ha obtenido.

La que se representa pocas veces podrá valer mucho, pero positivamente ha gustado poco.

El autor dramático cuando escribe su obra debe estar *viéndola* desde el anfiteatro. ¡Desgraciado de aquel que la mire desde la butaca!

Alguno de mis lectores ¿ha exclamado una sola vez, por grande que haya sido su sorpresa, *¡cielos!*

Yo creo que nunca lo ha dicho nadie. Y, sin embargo, encontramos en el teatro muy natural esa exclamación, hasta en los dramas que pretenden ser más realistas.

Cuando estamos en familia no decimos á nuestra mujer ni á nuestros hijos: voy al comedor ó me macho al gabinete para hacer esto ó lo de más allá.

En el teatro, si un personaje se marcha ó entra sin algún motivo, causa extrañeza en el público y la crítica censura sus entradas ó salidas por *injustificadas*.

Lo dicho y muchas observaciones más, hechas sobre el terreno de las tablas, y que me propongo reunir en las páginas de un libro, prueba que en el teatro todo está sujeto á leyes especiales, á razones que no lo parecen; pero siempre sometido á lo imprescindible é inmutable en la escena, á eso que simboliza y representa la supresión necesaria de la *cuarta pared*.

MIGUEL RAMOS CARRIÓN.

## CANTO AL AMOR

•Llegad, olas fantásticas de espuma,  
A través de la bruma,  
Nubes de aroma, pájaros cantores;  
Llegad á mí, brillantes rayos de oro,  
Y en admirable coro  
Cantad vuestros idílicos amores.

Yo nunca supe amar. Mi triste nido  
Fué el miserable olvido,  
La roca fué mi cuna y es mi lecho;  
Pero esa mar que con violencia leoa  
Hizo crujir la roca,  
Consiguió sólo endurecer mi pecho.

Y si la mole colossal de piedra,  
Que al marino arredra,  
Tembló una vez y estremecióse un día,  
Mi triste corazón, siempre maldito,  
Más duro que el granito,  
Jamás se ha estremecido todavía.

Nunca gocé, como en su nido el ave,  
El arrullo suave  
Ni el dulce abrigo de templada pluma;  
La mar, que fué mi madre bienhechora  
Y es mi existencia ahora,  
Me escupe, á cada instante, con su espuma.

Ingrata golondrina, que te alejas  
Al escuchar mis quejas,  
Si en busca vienes del oculto nido  
Donde preparas la mullida cama,  
Dime cómo se ama,  
Que yo triste de mí no lo he aprendido.

¡Ah, el amor, el amor!... Flores de Mayo  
Que á disfrutar el rayo  
Primero de la luz os veo abiertas.  
Nube de aroma, que hasta el cielo subes,  
Plegaría que entre nubes  
Entraras del cielo por las aureas puertas.

Misterioso y fantástico celaje,  
Como preciado encaje,  
Que en vano intentas alargar la aurora;  
Dulces brisas de plácida mañana,  
Armoniosa campana  
Llamando á la oración con voz sonora.